



Mi padre en el museo de los Ortega Murillo

Cristiana Chamorro Barrios

La autora es periodista

En una de las siete paredes en círculos del nuevo “Museo de las Victorias”, frente al Estadio Nacional, me encuentro con la fotografía emblemática de mi padre, Pedro Joaquín Chamorro Cardenal, caminando sobre los escombros de Managua. Dan ganas de llorar verlo allí sin poder defenderse, ni opinar en ese lugar símbolo de lo que con su vida combatió.

Paradójicamente está allí por ser periodista asesinado en su indoblegable lucha contra la corrupción e incesante búsqueda de la democracia con justicia social, una profesión ahora perseguida por los Ortega Murillo, dueños de la historia en ese espacio espejo de sus ambiciones. Sin duda, a mi padre lo pusieron en ese lugar porque está muerto y no puede decir que lo mataron no sólo por ser periodista, sino porque encarnaba todo lo contrario al somocismo, el que ahora encarnan Ortega y su familia.

Daniel Ortega aparece allí de visita en todos los frentes de guerra, pero al lado de Pedro Joaquín Chamorro Cardenal luce totalmente vencido por el poder absoluto, por la corrupción de los negocios estado-familia, la abolición de la institucionalidad junto con Alemán, vencidos por el nepotismo, el abuso del poder y las ambiciones familiares dinásticas con que imponen su voluntad sobre Leyes y Constitución.

Mi padre en esos escombros del danielismo es la figura del ciudadano firme en su reclamo por la República de Nicaragua. En cambio Ortega, se parece más a su predecesor Anastasio Somoza Debayle, a quien imita hasta en la sonrisa de las fotografías rosadas que empapan Managua, la Plaza de la Revolución y la entrada a este recinto en el que la familia presidencial organiza el olvido de la lucha contra la dictadura y pone en práctica el famoso principio franquista de aplaudir la muerte y matar la inteligencia.

Son así porque Ortega y Murillo, en su proceso de conversión de revolucionarios a millonarios autócratas, necesitan deshacerse de sus anteriores vestiduras y de cualquier antecedente que desafíe sus pretensiones dinásticas. En ese lugar la pareja confirma cumplir con una ley histórica que dice que quienes olvidan su pasado están condenados a repetirlo. Efectivamente, la visión de los Ortega Murillo da una de esas risas que produce el dolor de verlos pretender ser dueños del futuro queriendo cambiar un pasado de lucha contra un sistema dictatorial y corrupto como en el que ellos ahora se reproducen.

Ese recuerdo de unidad por la democracia ahora los irrita, los ofende y los lleva al ridículo de mutilar en el pabellón del Frente Occidental, la fotografía de la comandante Dora María Téllez que dirigió la toma de León. La cortaron por la mitad del cuerpo, le quitaron la cabeza y sólo dejaron sus piernas afuera de otro retrato que le pusieron encima y que por cierto es una toma de Masaya y no de occidente. Purgas así se han producido en todas las versiones de regímenes totalitarios y el común denominador es el deseo de liquidar completamente a los adversarios no sólo políticamente, sino anímica y psicológicamente.

En la toma de Estelí que se luchó por semanas no aparece ningún dirigente “El Zorro”, porque igual que mi padre está muerto y no puede volver a rebelarse ante el nuevo Somoza engendrado por su propio partido. Seguro, por esa misma razón es que sí pusieron la foto de Camilo Ortega, hermano caído del Presidente. Sin embargo, en el caso de su otro hermano, el General de Ejército Humberto Ortega (1979-1994), según la historia oficial no participó en la insurrección contra Somoza, porque no aparece por ningún lado.

En este espejo gráfico del poder absolutista y excluyente de Ortega y Murillo, sandinistas, no sandinistas como mi padre, y toda una generación unida por la democracia en la lucha contra la primera dinastía, volvemos todos juntos a ser víctimas del atropello diario a la dignidad de un pueblo que quisieran dejarlo hasta sin memoria para desarticular el poder de crítica en las nuevas generaciones y así perpetuarse en el poder.

La respuesta a ese regreso al pasado es la Unidad Nacional, como la que levantó el sacrificio de PJChC hace treinta y dos años contra Somoza y veinte años después mi madre, Violeta Chamorro, de frente contra Ortega. Los Ortega Murillo pueden aplaudir la muerte de los que no podrían volver a rebelarse, pero no matar las ideas de un Pedro Joaquín Chamorro quien hoy se encarna en la unidad nacional de la sociedad civil que asume su compromiso con el mandato de que “Nicaragua volverá a ser República”.

El turno es del pueblo, otra vez

El pueblo nicaragüense se ha distinguido por sorprender al mundo en más de una ocasión. Lo hizo hace 30 años cuando derrotó heroicamente, con las armas y un levantamiento popular, la dictadura de la familia Somoza. Volvió hacerlo exactamente una década después, con heroísmo cívico para instalar la democracia en las elecciones de 1990. En esa ocasión dimos un ejemplo de madurez política que impactó a nivel mundial.

Mi madre, Violeta Chamorro, como Presidenta Electa de Nicaragua, lo primero que dijo fue: “Aquí nadie ha perdido. Aquí todos hemos ganado una Democracia. Ni vencedores, ni vencidos. Mi gobierno significa reconciliación”. Fue admirable cuando se tiró al ruedo contra el continuismo de Daniel Ortega, sin ponerle atención a la fuerza bruta de su contrincante disfrazado de “gallo ennavajado”. Su misión era lograr el establecimiento de la democracia y las libertades públicas en cumplimiento de un mandato de mi padre que decía y dice: “Nicaragua Volverá a ser República”.

Y efectivamente, ese 25 de febrero nació una república democrática, con una candidata ganadora proclamando su victoria como reconciliación y, un Daniel Ortega, candidato perdedor reconociendo su derrota como el triunfo de la democracia. La victoria había sido de todos y la totalidad de un país significa pueblo. Con eco de gloria recorrieron el mundo esas dos definiciones del triunfo electoral. Nicaragüenses de todas partes saltaban de alegría, por el ejemplo de civilidad que parecía reservado solo a nuestra vecina Costa Rica.

Lo que pasó ese día lo describe Violeta Chamorro en su discurso de inauguración como el nacimiento de una república que “se gestó en el silencio más hondo del alma nicaragüense: de la conciencia”. Fue una decisión colectiva que se mantuvo escondida hasta que llegó la oportunidad del cambio. Sucedió así, porque el pueblo como unidad es noble, intuye el engaño, sabe buscar con instinto infalible la verdad y no hay propaganda por muy bien hecha que sea, ni regalos que lo compren o desorienten.

Diez años de adoctrinamiento sandinista con un paquete AFA en una mano y la amenaza en la otra, quedaron atrás en el momento que la población salió a votar. El nicaragüense tuvo confianza en las elecciones porque sabía que su voto estaba doblemente garantizado. Primero, porque había suficiente observación internacional y no se lo podían robar y segundo, porque una mujer valiente se comprometió a defender y cuidar la decisión ciudadana de por quién votar.

Meses antes de la votación estábamos como estamos hoy, en que toda esperanza se desvanece ante un poder que se presenta inmovible frente a la opinión pública y las demandas de la comunidad internacional, despreocupado por el futuro y aparentemente invencible. En el pasado armado hasta los dientes por la Unión Soviética y ahora del dinero de Chávez. El pueblo parecía estar en silencio o mejor dicho no tenía posibilidad de expresarse porque su expresión estaba condicionada a una tarjeta de racionamiento.

Muchos creían que ese silencio era resignación definitiva sin posibilidad de salvarnos. Cada violación a la ley, atropello a los derechos humanos, abuso de los bienes del Estado, devaluación o subida de precio venía con la pregunta: ¿cuando se irá a levantar el pueblo y salir a las calles? Esa interrogante, sin embargo, tuvo una respuesta contundente, tan pronto se le dio al nicaragüense la oportunidad de expresarse en libertad el 25 de febrero de 1990 con su voto secreto y respetado.

Hoy como ayer, el futuro de Nicaragua está en ese pueblo que vemos todos los días, regado por las calles pero que aún en medio de su pobreza piensa; almacena rencor si lo ofenden y gratitud cuando le dan cariño. Pasa por profundos silencios que engañan a cualquiera y a última hora sorprende, como sorprendió a Somoza y Ortega, quienes creyeron tenerlo a su lado sin darse cuenta que la unidad popular es una fuerza contra cualquier tipo de dictadura.

Hace 30 años esa unidad tomó las armas y nos liberó de una dictadura, pero esta no vino con libertades públicas, ni Estado de Derecho. Diez años después ejerció su derecho a votar libremente y sólo así pasamos de la dictadura a la democracia, al restablecimiento de los derechos ciudadanos que garantiza la elección de un Presidente, como fue Violeta Chamorro, legitimada por la voluntad popular. La reelección o el fraude

PUBLICACIONES

EL EJEMPLO de mi tía Anita

CRISTIANA CHAMORRO BARRIOS

En este libro, Anita Chamorro de Holmann se retrata de cuerpo entero y confirma una vida que lleva adelante con intensidad, con gran sentido de ser ella misma, y de servir a alguien, o en algo, todos los días.

Nada mejor que presentar la obra intelectual de su vida con la pluma en alto y toda su vitalidad creativa, dando con esta publicación testimonio de fe en el poder de la palabra libre y de su compromiso con la lucha por la libertad de expresión.

Porque "No puede morir la libertad", dijo mi tía Anita en su primer artículo que publicó en La Prensa el 22 de febrero de 1978, unos días después que mataron a mi padre. Desde entonces, no ha parado su batalla contra el silencio porque ese primer artículo le salió como un grito del alma para llenar el vacío de la voz silenciada de su hermano sacrificado.

Y en esa lucha, ella asumió su propia misión queriendo ser como dijo Madre Teresa de Calcuta: "ser siempre aquella gota que alimenta el océano". Y así como el océano es de grande, así también ha sido su producción intelectual. Una productividad impresionante que durante treinta y dos años guardó en un baúl-archivo en su casa, hasta el día en que nos pusimos de acuerdo en recogerla toda en un libro.

Fue así que con el apoyo de su yerno, Luis González Ramírez, y el equipo de la biblioteca de La Prensa, Julio León Báez y Róger Iván Pineda, corregimos y ordenamos los textos de manera autobiográfica y temática, para que ella nos entregue hoy su legado: lo que piensa, lo que siente, lo que propone. Un pensamiento guiado por principios cristianos y en búsqueda permanente de soluciones políticas y sociales a los problemas del país.

En lo personal agradezco a mi tía Anita la confianza de prestarme todos sus escritos para editarlos y organizar su obra que ella titula: *La Herradura de mi Suerte*,

en referencia a la bahía de San Juan del Sur. Ese mar que dice ha lavado sus lágrimas, ha hecho eco de sus risas y ha sido testigo de su amor con Carlos Holmann Thompson, de sus esperanzas e ilusiones hechas de olas y arena a base de tenacidad, rectitud, fortaleza y pasión en el trabajo.

Aquí están casi todos sus artículos, cuentos y poesías publicados en La Prensa, al principio alentada en su escritura por su esposo Carlos. El libro comienza con un primer capítulo relacionado con su historia personal: "Raíces" con los Chamorro en Nicaragua y de ellos dice: "todos creyentes en Dios, fervientes en su fe, apasionados y ardientes por la Patria".

Pareciera que sus escritos siguen la ruta de los diez mandamientos de la Ley de Dios: primero, está aquí Dios sobre todas las cosas y, segundo, el amor a su padre y su madre, a quienes honra dedicándole varios artículos con admiración y agradecimiento por la extraordinaria vida que le dieron.

"La mirada verde de mi madre" y "El perfil inolvidable de mi padre" son algunos de estos. En el primero reconoce en su madre la inmensa valentía y fortaleza de la mujer nicaragüense quien, según mi tía Anita, puede transformar una sociedad en decadencia y hacerla transitar una en donde todos se puedan desarrollar y crecer en el amor.

Y en los artículos dedicados a su padre, Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, destaca el modelo ejemplar de ser ciudadano, el hombre fiel a la verdad, con pluma y lenguaje de caballero, aún con sus adversarios.

Una sección dedica a su credimiento al lado de La Prensa, cuya historia relata como una estrecha alianza con el palpitar de Nicaragua y la vida cotidiana del nicaragüense. Y en esta relación está su fiel compromiso de marca por "La verdad y la justicia", en permanente vigilia por los sueños

e ideales democráticos de todos los nicaragüenses.

También, en "Raíces" rinde un especial tributo de hermana solidaria a su hermano Pedro Joaquín, de quien hace un perfil tallado con su sacrificio; justifica su presencia en la historia y lo recuerda como la voz que anuncia y denuncia; lo presenta como un hijo vigilante siempre de su madre Margarita Cardenal y de su Patria Nicaragua. Además, recoge sus profecías y levanta su decálogo por la unidad nacional, para que Nicaragua "Vuelva a ser República".

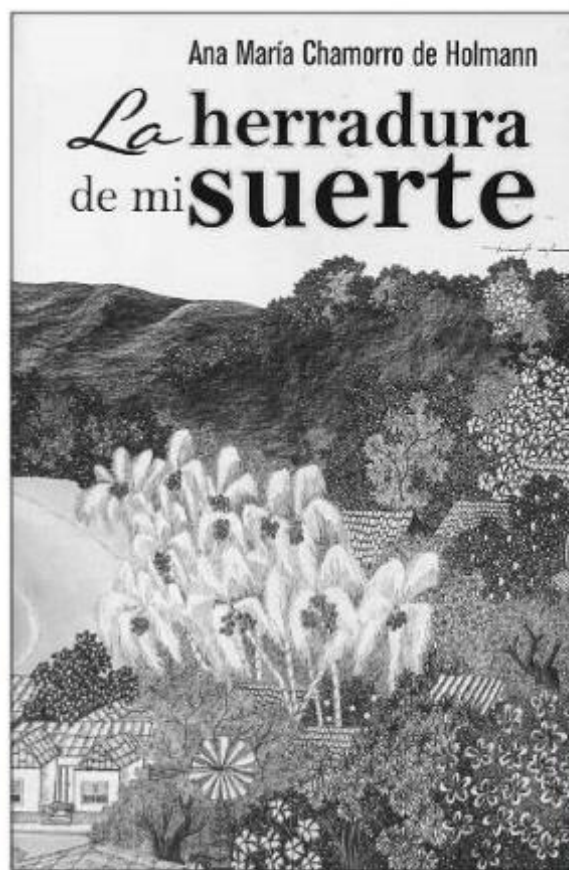
Cierra el primer capítulo del libro con varios escritos dedicados al amor de sus siete hijos, su integración con la familia Holmann y su llamado político-social a "levantar los mástiles hacia la democracia"; una propuesta a Nicaragua que organizamos en una segunda parte con los "Principios y valores" cristianos que han guiado su vida.

En una tercera sección se organizan sus posiciones políticas y sociales siempre definidas en oposición a cualquier tipo de dictadura o violación a las libertades públicas, en defensa de los derechos humanos, la identidad nacional, los valores cívicos y temas de justicia social.

Aquí está escrita la misma historia de Nicaragua en distintas épocas y con diferentes actores parecidos en sus abusos de poder, historia que mi tía Anita dice: "hay que volver a contar para no cometer los errores del pasado".

Una cuarta sección se la dedica a la Virgen María, Sor María Romero, Madre Teresa de Calcuta, con menciones especiales a cada una de las advocaciones de la Virgen en Nicaragua: la Inmaculada Concepción, la Virgen de Cuapa, la Conchita, y la Candelaria así como a la Virgen de Fátima.

Revela cómo el ejemplo de los dos Santos, junto con el apoyo de su madre Margarita le enseñaron que, "la alegría que da el darse y dar a los más necesitados", ha



sido la única forma de sanar la pena que le produjo la pérdida de su amado esposo Carlos.

En un quinto capítulo se recoge su generosidad que expresa en "Perfiles" de personas queridas que ya fallecieron, cuyas ideas y ejemplo mi tía Anita rescata de la privacidad de sus familias para darles en La Prensa la honra pública que esas vidas merecen. *La Herradura de mi Suerte* termina con un sexto capítulo en la que reafirma su herencia familiar de historiadora, narradora de cuentos y poeta. Aquí están cuentos como "El madroño de la Juliana" que ganó el premio otorgado por la Unión de Mujeres Americanas (UAM) y "Cuando lloran las estrellas" o "Navidad en el circo", que también recibieron premios. Publica también poemas como "Letanías a María", a su Padre Celestial, al recuerdo siempre presente de PAC (Pablo Antonio Cuadra), a su cuñada Violeta, presidenta de Nicaragua, y otros poemas al "Camino de luz" que ve en sus hijos, nietos y biznietos.

Como ustedes pueden ver, en

este libro hay una historia, un pensamiento y algo más que un legado en tinta y papel. Estos escritos van acompañados de un ejemplo de vida y es que mi tía Anita vive en un permanente estado afirmativo de gratitud por lo que ha recibido en sus más de ochenta años.

A pesar de las pérdidas irreparables de seres queridos y del mundo incierto que ha conocido, lo hace con la pasión de una vida dirigida por la fe en Dios, con humor y un alto sentido de compromiso ciudadano, determinación y optimismo.

Su permanente interés en todo y todos: en su familia, La Prensa, los más necesitados, San Juan del Sur, las monjitas, sus amigos, el país y quienes la buscan, confirma que este libro es un ejemplo de perseverancia y fe en que se puede seguir adelante, porque como dijo el primer día que escribió en La Prensa: "La libertad no muere" con gente como ella. Gracias por tu ejemplo y felicidades, tía Anita.

24 de febrero de 2010.

Don Fabio y la dignidad de la política

Asistir al primer mitin de plaza pública de don Fabio Gadea en Corinto es un encuentro de frente con la esperanza y angustia del pueblo nicaragüense. A mi lado camina sola una mujer humilde de unos 60 años, vestida con falda roja hasta los pies. Le pregunto ¿con quién y por qué anda allí?: “Están exportando los frijoles rojos a El Salvador y nosotros comiendo negros, mire cómo ando el estómago de hinchado”, se toca el vientre y sigue adelante bajo un sol infernal.

Otra me cuenta que vino de El Viejo a esa manifestación, porque “don Fabio representa libertad y futuro para el hambre que viera cómo vive mi gente, los chavalos desnutridos peor que África”. Caminamos bajo un mar de banderas rojas que no representan a toda la oposición. Uno de los dos únicos hombres que porta la Bandera de Nicaragua se me acerca y me explica que él ya dejó la liberal en su casa, porque con ésa ya no se gana: “La azul y blanco es la que hay que levantar para ganar como en los noventa, va a ver usted sólo azules y blancos vamos a ser cuando esto agarre viaje”.

En ese típico ambiente de folclor político, en medio del desorden de una campaña por arrancar, don Fabio con entusiasmo y seguridad le dice sí a Nicaragua. De una caravana custodiada por la Policía Nacional, pasa a una camioneta de tina y después del recorrido a una tarima desvencijada a tomar el lugar que le corresponde. Se dirige a los manifestantes como uno más de nosotros, pide perdón por la soleada y ver tanta gente abajo llena de polvo. Pareciera no querer dejar de ser uno más de todos, pero decidido a ser el primero en las próximas elecciones.

Su nominación como candidato, de amplio consenso nacional y expresión de reivindicaciones democráticas de luchas anteriores, es sin duda resultado del agotamiento político de un país que toca fondo como en 1989.

Al final de cuentas, es también una victoria de la determinación de una mayoría de nicaragüenses radicalmente opuestos al continuismo corrupto y antidemocrático de Ortega o de Alemán, que son la misma oferta en diferente paquete para el 2011.

Escuchar a don Fabio es presenciar un acto de reivindicación de la política. En su persona se ve una concreción de dignidad personal, sentido común, con aires de ingenuidad campesina, cuya simplicidad induce a confiar en sus buenas intenciones y ver como genuinas su búsqueda de compromisos. Ser digno en política es ser consecuente con una forma de vida, impregnada por un fuerte carácter moral. En la antigua Roma la condición principal para ser ciudadano digno era la acción política y en consecuencia un cargo de elección popular.

La “dignita” de don Fabio es la que ahora recibe un reconocimiento público, la que sorpresivamente lo sacó del “chagüital” para colocarlo como candidato de unidad nacional. Los romanos también establecieron que se es digno no sólo para recibir honores, sino representar a los demás, porque cuando un político es nominado a un cargo, su dignidad deja de ser personal y pertenece al pueblo.

El grado de ciudadano “digno” de ser Presidente, que la sociedad le ha otorgado, es a cambio que le dé a la política la oportunidad de poner el Poder al servicio de la ciudadanía, de la democracia que es la que hace más dignos a los hombres y mujeres sometidos a ella. Y eso es lo que ofreció don Fabio en Corinto en un entorno político difícil, liderado por la malicia del güegüense y un electorado mayoritariamente de jóvenes e independiente que no le conocen, históricamente escéptico a figuras públicas y políticas de corte tradicional como es el perfil de este empresario radial.

Tampoco tiene partido, maquinaria, ni dinero sólo ese sitio que representa la dignidad política de todos los que nos oponemos a la continuidad de su consuegro Alemán con Ortega y viceversa. El lugar digno con que hoy la opinión pública premia a don Fabio no lo compró con dinero. Mantenerlo no es un asunto de liquidez, sino de un alto grado de capacidad de consenso, disciplina, modernismo social y puesta en práctica de una eficaz moral colectiva.

Confiamos que en la búsqueda de un vehículo seguro a la Presidencia, no entregue su autoridad moral y en la acción política tenga valentía suficiente para no someter las esperanzas democráticas y el hambre de un pueblo que camina soleado por las calles, a una subasta privada por las mismas curules en la Asamblea Nacional. Ante su desafío por la dignidad política de Nicaragua ojalá don Fabio piense como dijo el presidente Lincoln una vez: “Es difícil hacer a un hombre miserable, mientras sienta que es digno de sí mismo”.